

LA RELACIÓN ENTRE EL CONCEPTO DE SENTIDO Y EL DE METÁFORA EN
EL CONTEXTO DE LA HUELLA INSTITUIDA. UNA LECTURA DE LA PRIMERA
PARTE DE *DE LA GRAMATOLOGÍA* DE JACQUES DERRIDA

ANDRES FELIPE MANTILA MOLANO

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2019

LA RELACIÓN ENTRE EL CONCEPTO DE SENTIDO Y EL DE METÁFORA EN
EL CONTEXTO DE LA HUELLA INSTITUIDA. UNA LECTURA DE LA PRIMERA
PARTE DE *DE LA GRAMATOLOGÍA* DE JACQUES DERRIDA

ANDRES FELIPE MANTILLA MOLANO

TESIS DE GRADO

DAIRON ALFONSO RODRIGUEZ RAMIREZ

DOCTOR EN HUMANIDADES

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2019

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	8
1. LA DISEMINACIÓN DEL SENTIDO EN LA ARCHI-ESCRITURA.....	10
2. SENTIDO PROPIO/ SENTIDO FIGURADO: LA PELIGROSIDAD DE LA METÁFORA.....	27
3. LA SECUNDARIEDAD DE LA METÁFORA COMO EL “ORIGEN” DEL SENTIDO.....	44
4. CONCLUSIONES	49
BIBLIOGRAFÍA	51

RESUMEN

TITULO: LA RELACIÓN ENTRE EL CONCEPTO DE SENTIDO Y EL DE METÁFORA EN EL CONTEXTO DE LA ARCHIESCRITURA. UNA LECTURA DE LA PRIMERA PARTE DE *DE LA GRAMATOLOGÍA* DE JACQUES DERRIDA.*

AUTOR: ANDRES FELIPE MANTILLA MOLANO.**

PALABRAS CLAVE: SENTIDO, METÁFORA, HUELLA INSTITUIDA, DIFERENCIA, USURA.

DESCRIPCIÓN:

En la obra *De la gramatología*, Jacques Derrida expone una nueva visión del funcionamiento del lenguaje a través del análisis de la escritura y de la concepción que la tradición tiene de ella. Esta nueva visión del lenguaje tiene implicaciones importantes en la forma en que se produce y entiende el sentido dado que a partir de ella no es posible entender la significación como un movimiento unívoco entre un significante y un significado, que tiende hacia una verdad oculta y trascendental. La metáfora, a pesar de no tener mucha exposición en la obra, parece tener un lugar fundamental en la constitución de la teoría de la archi escritura que Derrida desarrolla en este texto. Su mención generalmente gira en torno a la forma en que el sentido se constituye en esta concepción del lenguaje. La presente investigación tiene como propósito primordial explicitar la relación entre el sentido y la metáfora en el contexto de la teoría del lenguaje desarrollada por Derrida, en la primera parte de *De la gramatología*. Debido a la falta de desarrollo del concepto de metáfora en dicha obra, haremos referencia a un texto de Derrida de 1971 titulado *la Mitología blanca* en donde aborda este tema con mayor especificidad para complementar nuestro estudio.

* Trabajo de grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director: Dairon Alfonso Rodríguez Ramirez.

ABSTRACT

TITLE: THE RELATION BETWEEN THE CONCEPT OF SENSE AND METAPHOR IN THE CONTEXT OF THE ACHE-WRITING. AN INTERPRETATION OF THE FIRST PART OF *OF GRAMATOLOGY* OF JACQUES DERRIDA. *

AUTHOR: ANDRES FELIPE MANTILLA MOLANO**

KEYWORDS: SENSE, METAPHOR, INSTITUTED TRACE, DIFFERENCE, USAGE, ARCHE-WRITING

DESCRIPTION:

In the work *Of grammarology*, Jacques Derrida exposes a new perspective about the functioning of the language through the analysis of the writing, and the conception that the tradition has about it. This new perspective about the language has important implications in the way in which the sense is produced and understood. It's no longer a possibility to consider the signification as a univocal movement between a signifier and a signified that's guided by a transcendental truth. Despite not having much exposition in this book, the metaphor seems to have a fundamental role in the constitution of the theory of the arche-writing that's being developed in this text. It's mention generally revolves around the way in which the sense is constituted in this particular conception about language. The following investigation it's guided by the primordial objective of expliciting the relation between sense and metaphor in the first part of *Of grammarology*. Due to the lack of development of the concept of metaphor in this particular text we are forced to refer to another text of the author that does a better job explaining the concept. In this specific investigation we are going to work with a text from 1971 titled *White mythology* to complement our study.

* Undergraduate Final Project.

** Faculty of Humanities. School of Philosophy. Director: Dairon Alfonso Rodriguez Ramirez.

INTRODUCCIÓN

La obra cumbre del filósofo francés Jacques Derrida, *De la gramatología*, representa uno de los momentos más importantes de la filosofía contemporánea, no solo por la influencia que ha ejercido su teoría y metodología en el pensamiento filosófico actual, sino porque su posición sobre el lenguaje representa un cambio fundamentalmente radical sobre la visión tradicional que se ha sostenido sobre este tema en la historia de la filosofía. Derrida pretende alejarse de la concepción tradicional de la significación, mediante el estudio de la escritura y de la particular denigración a la que ha estado sometida por la tradición filosófica occidental. Este estudio le permite identificar las formas en que el lenguaje se constituye por fuera de la simplicidad de lo que él denomina la metafísica de la presencia. Esta reflexión en torno a la escritura tiene consecuencias especialmente importantes para lo que se considera el sentido y su constitución. Bajo esta nueva visión del lenguaje, el sentido deja de estar regido por una determinación trascendente y original a la cual debe tender. En la visión de Derrida, el sentido se libera en nuevas formas de expresión.

Un concepto que no es muy explorado en el contexto de *De la gramatología* es de la metáfora, que se menciona de manera esporádica en esta obra, pero siempre con un motivo relevante. La inclusión de este concepto en este texto se vuelve confusa cuando lo analizamos de forma aislada, debido a que, si bien, se evidencia que tiene un lugar importante en la teoría que el francés trata de desarrollar, no se explicitan los objetivos de su aparición ni el alcance de su concepción. Por esta razón, en la presente investigación propongo encontrar el lugar de la metáfora en la teoría del sentido de Jacques Derrida, expresada en la primera parte de *De la gramatología*.

Para este propósito hemos dividido el presente estudio en tres capítulos. El primero estará dedicado a estudiar el movimiento del sentido que emprende Derrida en *De la gramatología*. En primera instancia, vamos a hacer una contextualización del problema que Derrida quiere abordar en dicha obra, posteriormente vamos a

estudiar los conceptos fundamentales que utiliza Derrida para expresar el funcionamiento de su nueva visión del lenguaje y, por último, vamos a estudiar cómo estos conceptos cambian la forma en que se entiende y se expresa el sentido. El segundo capítulo se centrará en el problema de la metáfora, pero, dado que Derrida no da mayor información sobre su posición sobre este concepto, complementaremos nuestro análisis con el texto de 1971, titulado: *La mitología blanca*, en donde Derrida ofrece una visión más completa sobre este concepto. En el tercer capítulo vamos a finalizar la investigación haciendo explícita la relación entre sentido y metáfora, además de resaltar su importancia para la visión derridiana del lenguaje.

1. LA DISEMINACIÓN DEL SENTIDO EN LA ARCHI-ESCRITURA

Este primer capítulo tiene como objetivo primordial realizar una indagación del concepto de sentido en la primera parte de la obra cumbre del filósofo francés Jacques Derrida, *De la gramatología*. Esta indagación comenzará por una contextualización de la problemática general que aborda Derrida en dicho texto, seguido por un análisis breve sobre las categorías y los conceptos fundamentales sobre los cuales se estructura la propuesta filosófica de *De la gramatología*. Esto nos permitirá construir unas bases sólidas para el desarrollo de la pesquisa principal por el concepto de sentido. Después de tener claros el contexto y los conceptos principales vamos a empezar con el análisis del concepto de sentido.

Antes de empezar con el análisis del concepto que nos compete en este primer capítulo es importante contextualizar la obra en cuestión para poder empezar nuestro estudio. El objetivo principal de la obra *De la gramatología* es debatir y refutar lo que Derrida considera como la concepción tradicional de la escritura, establecida por la filosofía y la lingüística, a través de la desestructuración de sus supuestos metafísicos. Esta concepción hegemónica de la escritura se presenta de manera marcada en filósofos tan alejados temporalmente como lo son Platón y Rousseau y en lingüistas como Ferdinand de Saussure, aunque, según el argelino, se extiende a todo el pensamiento occidental. Esta visión de la escritura adopta como su punto de partida la diferenciación entre habla y escritura como medios distintos para decir la verdad, cada uno con una valía diferente. Dicha distinción es soportada por una visión específica de la verdad y su relación con el *logos* como instancia creadora del sentido en el lenguaje. La *phoné* es considerada como la expresión más pura y directa de esta verdad, mientras que la escritura se queda limitada a ser una copia de esta primera significación. La estructura de la visión tradicional de la escritura se evidencia en la concepción aristotélica de la significación, en donde los sonidos producidos por la voz son la expresión de los estados del alma, y la escritura se encuentra conformada por los símbolos de las

palabras proferidas por la voz. Así, la escritura queda relegada a la secundariedad como un suplemento de la verdadera forma de significación, el lenguaje hablado.

Este sistema se perpetúa en la estructura del signo. La separación entre significante y significado se basa en la concepción según la cual el lenguaje sirve para la representación de verdades ocultas que se expresan físicamente con distintos niveles de pureza. El lenguaje se convierte en un sistema de traducción de idealidades en representaciones físicas; en primer lugar, en expresiones fónicas y, posteriormente, en expresiones gráficas. Dichas consideraciones del lenguaje se constituyen a través de una percepción común que describe nuestras distintas experiencias con el lenguaje hablado y con el escrito. En el habla se genera la percepción del oírse-hablar que da la sensación de proximidad de la significación de algo no-exterior, no-mundano, puro. En contraste, la escritura se distanciaría de la interioridad del sujeto al ser un medio de expresión separado de su autor y, por tanto, es un significante de significante en cuanto no representa de manera originaria la verdad del logos, sino tan solo de manera secundaria. Mediante el sistema del oírse-hablar la objetividad de la cosa en la realidad se convierte en la interioridad del sujeto: "Lo dicho del sonido en general vale con mayor razón para la fonía, por cuyo intermedio el sujeto, merced al oírse-hablar -sistema indisociable-, se afecta a sí mismo y se vincula consigo en el elemento de la idealidad"¹. Esta estructura que privilegia al significante hablado por sobre el significante escrito se sustenta en lo que Derrida denomina metafísica de la presencia, la organización de la realidad a través de un significado trascendental sobre el cual se juzgan todas las representaciones de la realidad, dependiendo de su cercanía o lejanía a la presencia trascendental.

La escritura no solo representa la secundariedad de la expresión fonética, sino su decadencia. Para muchos teóricos, como Saussure, la expresión escrita representa un peligro constante para la pureza del habla. Saussure excluye a la escritura de su

¹ DERRIDA, Jacques. De la gramatología. Traducido por Oscar del Barco y Conrado Ceretti. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2001. 18 p.

análisis de la estructura interna de la lengua, al considerarla como un suplemento. Esta distinción que hace Saussure en su análisis funciona como una protección del sistema interno de la lengua de la peligrosa exterioridad de la escritura, en su impureza. La escritura se presenta como un peligro para el habla y, en consecuencia, para todo el sistema de la significación. Su secundariedad, como reflejo del significante hablado, puede eventualmente usurpar el lugar de la significación original, de modo que no se pueda distinguir entre el reflejo y lo reflejado. Esta confusión se transforma en un juego infinito de intercambios donde el origen se vuelve inasible. La escritura transgrede el sistema interno de la lengua porque condena su origen al olvido cuando se pone a la imagen por encima de la realidad. Pero, si la escritura sólo existe como secundariedad, y el habla es pura e imperturbable, ¿por qué es necesario para la lingüística excluir a la escritura como un peligro para la pureza del habla? ¿Cómo es posible que un sistema sólido y cerrado corra peligro por algo que le es exterior? Si el habla puede ser suplantada por la suplementariedad de la escritura es porque dentro de su propio sistema hay una relación intrínseca con la escritura, que se trata de disimular a través de su exclusión, a saber: la pretensión de pureza de un habla que se encuentra vulnerada por su propia secundariedad. O bien el sentido del lenguaje nunca estuvo permeado por su afuera, o el lenguaje en sí mismo siempre ha sido su afuera.

El proyecto de revaluación de la escritura que realiza Derrida no se concibe como una separación completa de las concepciones tradicionales sobre la escritura y el lenguaje. Derrida comprende que nada puede ser entendido sin estas concepciones, las construcciones lingüísticas propias de la tradición se sustentan sobre esta base metafísica. Este proyecto pretende introducirse en las relaciones conceptuales que constituyen el rechazo sistemático de la escritura, denotar la interdependencia sistemática e histórica de estos presupuestos, y llevarlos a sus últimas consecuencias para demostrar que no son estables ni inmutables. Una de las concepciones más importantes que Derrida retoma es la de la escritura como un significante de significante. Como ya hemos visto, esta es la forma en que la

tradición entiende a la significación propia de la escritura, una representación secundaria de la primera representación de la verdad del lenguaje. *De la gramatología* trata de responder a un momento histórico de particular importancia para la concepción del lenguaje, un movimiento en el que la escritura deja de representar la secundariedad del lenguaje y empieza a envolver todo lo que entendemos como lenguaje. Significante del significante deja de ser una consideración peyorativa sobre el carácter derivado de la escritura y se convierte en el fundamento de la expresión lingüística.*

Para poder entender esta concepción ampliada de la escritura, es necesario revisar lo que para Derrida es el fundamento de la significación y su relación con la escritura. Como ya habíamos mencionado, el trabajo de Derrida no consiste en desechar los conceptos que constituyen el marco de la tradición filosófica y lingüística de la significación, sino llevar sus presupuestos a las últimas consecuencias. Esto implica que su trabajo se direcciona constantemente a examinar el trabajo de otros autores. Una de las obras que constantemente aparecen en su análisis es el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, padre de la lingüística moderna, cuyos conceptos fundamentales hacen parte importante de la teoría desplegada en *De la gramatología*. El concepto de la arbitrariedad del signo es uno de los pilares fundamentales de la lingüística de Saussure.² Este concepto postula que la relación entre significante y significado no es una relación natural. Si bien es necesario que un significante esté unido a un significado para poder concretar una significación, la relación específica entre el significante árbol y la idea árbol no es necesaria en ninguna circunstancia. Esto es lo que diferencia al signo del símbolo, el cual se caracteriza por no ser totalmente arbitrario, dado que hay en él una relación natural que no existe en el signo. Derrida

* Con respecto a la concepción de la escritura que sostiene Derrida en *De la gramatología* recomendando el artículo de Cristian Cardozo *Breves consideraciones acerca del concepto de la escritura en la propuesta post-estructuralista de Jacques Derrida*.

² SAUSSURE, Ferdinand. *Curso de lingüística general*. Traducido por Mauro Armiño. Barcelona: Editorial Planeta De Agostini, S.A., 1984. 87 p.

utiliza este concepto para llevar a cabo dos objetivos diferentes: en primer lugar, para cuestionar la exclusión que hace Saussure de la escritura y, en segundo lugar, para sustentar su concepción de la escritura como el fundamento del lenguaje. Hay una incongruencia fundamental en la teoría de Saussure, entre la arbitrariedad del signo y la clasificación de los tipos de significantes según su pureza. Cuando se propone que la escritura es un significante derivado de la relación significativa expresada en el habla, se parte de una posición naturalista sobre el vínculo entre significante y significado en el caso del habla. La relación entre pensamiento y habla que se da en la significación tiene un estatus de inmutabilidad, es la relación originaria y pura que la escritura solo viene a copiar. De acuerdo con estos dos postulados, la relación arbitraria entre significante y significado, que sólo se da en el signo, solo le pertenece a la significación fónica. La escritura sólo funcionaría como una imagen que no tiene una relación inmotivada con un significado, ya que es derivada de algo previamente establecido. Sin embargo, una relación de representación como la que se esboza aquí no es posible puesto que, si bien hay la conformación de la escritura es derivada del habla, esto no implica una relación de representación natural del habla en la escritura. Lo anterior supondría que la escritura no existe como significante, ya que dejaría de ser signo y pasaría a hacer parte del reino de lo simbólico. Por lo tanto, en concordancia con el principio de la arbitrariedad del signo, no es posible definir a la escritura como una imagen del habla y, a la vez, definir al habla y a la escritura como dos sistemas de signos diferentes.

La arbitrariedad del signo también funciona como fundamento para la concepción del lenguaje que propone Derrida. Al no existir una conexión natural entre significante y significado, basada en la realidad, se hace necesario un sistema general de la lengua que soporte las relaciones particulares. Es necesaria la existencia de un sistema de referencias entre significantes y significados para poder sostener las relaciones significativas particulares. La estructura del significante del signo, propia de la escritura, se extiende a todo el ámbito del lenguaje como

sistema de referencia. El signo lingüístico no se determina, entonces, por la relación simple entre significante y significado, sino que se construye a partir de su relación con el resto de los signos lingüísticos en el marco de un lenguaje estructurado. En la significación, el significado funciona desde siempre como un significante; es decir, hace parte del juego de referencias que constituye a la estructura lingüística. La relación significante-significado no puede ser entendida como una unidad separada y autosuficiente, solo puede funcionar por la existencia de un sistema general de referencias en una estructura lingüística. La escritura, como inscripción durable de un signo, cubre todo el ámbito del lenguaje, representa toda construcción lingüística. Se trata de una relación entre un significante regulado por el sistema general de los significantes instituidos.

Para que sea posible la consolidación de la significación, a través de una estructura lingüística referencial, es esencial que el signo lingüístico, en particular, esté relacionado con los otros significantes. El signo se constituye a través de su relación con lo que no es él, con su otro, relación que debe hacerse presente para que pueda existir una significación. Derrida denomina a esta remanencia de lo otro en la estructura del signo, la huella instituida. La huella instituida no es un elemento positivo, es decir, no es un elemento significativo dentro de la estructura del lenguaje, es lo que permite la existencia del sentido en una construcción lingüística. Debido a esto no se presenta directamente en el signo, la presentación de lo otro como tal se evidencia en la disimulación de su “como tal”, en el ocultamiento de su existencia en la positividad del signo.

La huella instituida no es el único elemento que fundamenta la teoría derridiana sobre el lenguaje. Aún existe un vacío que no hemos explicado, concerniente a cómo se relacionan los términos en la estructura referencial del lenguaje. Derrida propone que la constitución del lenguaje se basa en la relación de diferencia entre los términos particulares. Un sistema lingüístico sin términos fijos necesita de una estructura que permita relacionar los distintos significantes sin crear relaciones unívocas. La significación de los términos se lleva a cabo a través de las diferencias

que tenga un significante específico, fónico o gráfico, con el resto de los significantes del sistema lingüístico. La posibilidad de la identidad en presencia de las relaciones significativas se determina a través de un entramado de diferencias sin puntos fijos. Los significantes particulares se autodeterminan entre sí en el interior del lenguaje, sin significado unívoco y puro.

Para poder llegar a una comprensión óptima de la concepción de la diferencia en la visión del lenguaje que expone Derrida en *De la gramatología* es importante entender de qué manera la diferencia permite la articulación de las significaciones dentro de un sistema lingüístico estructurado. Para poder llegar a esta concepción, vamos a analizar el trato que le da Derrida a la concepción de la experiencia y su similitud con la forma en que se constituye el lenguaje bajo la huella instituida. Para su análisis del concepto de experiencia, Derrida parte de la concepción de la fenomenología husserliana que propone la separación primordial entre lo sensible que aparece y la vivencia de su aparecer. Esta separación implica que el problema de la experiencia hace referencia a la forma en que nuestra conciencia percibe a los objetos de la realidad, en lugar de la existencia real de dichos objetos. Esto no quiere decir que la experiencia esté totalmente separada de la realidad, de manera que no haya relación alguna entre la representación y las cosas en el mundo real. La diferencia entre lo sensible que aparece y la vivencia de su aparecer implica que en nuestra experiencia no está determinada la linealidad del espacio y el tiempo que le es propia a la realidad. La separación entre lo que aparece y su aparecer implica la existencia de una síntesis temporal y espacial en la experiencia, debido a que no se encuentra atada al tiempo del mundo. La vivencia de la percepción no se lleva a cabo, entonces, como un hecho aislado en la unidad de un punto espacio-temporal específico, sino que más bien se encuentra en relación continua con el resto de vivencias que experimenta el individuo. En el caso del lenguaje, esta diferencia se traduce en la dicotomía que propone Saussure entre la imagen acústica y el sonido. El sonido es un fenómeno fisiológico en la realidad, la imagen acústica es la estructura del aparecer del sonido ante una conciencia. Dicha separación permite

que el movimiento del lenguaje no se encuentre anclado a la realidad. La diferencia que articula estos dos ejes es lo que permite la relación entre una significación gráfica (espacial) y una hablada (temporal). La separación entre la impronta psíquica de la imagen acústica y el sonido físico nos permite identificar la naturaleza de la articulación como la posibilidad de la estructuración de un sistema referencial gracias a las posibilidades que abre la diferencia entre lo sensible que aparece y su aparecer.

La consecuencia necesaria de la concepción de la articulación de la diferencia es la pasividad a la que está sometida el habla, como medio de representación físico que evidencia las relaciones significativas articuladas en la lengua. Esta pasividad del habla se muestra como una remisión al pasado, pero no a un pasado presente que pueda ser hallado a través de la búsqueda del origen de la significación en un significado trascendente. El pasado que evidencia la pasividad del habla es un allí-desde-siempre, que frustra todo intento de llevarlo a la presencia. En la articulación de la diferencia, en un sistema de significaciones, todo elemento simple hace referencia a un pasado inaprehensible, donde la significación pura se evade al presente a través de la relación con su otro.

La articulación espacio-temporal, que enraíza la diferencia en un sistema de significaciones, es denominada espaciamiento. Para aclarar ese concepto vamos a hacer referencia a un texto de Derrida de 1968 titulado: *La différance*. En este texto, Derrida emplea el neologismo *différance* para explicar el movimiento general de la diferencia constituida en un sistema lingüístico. *Différance* es derivado de la palabra francesa *différence*, que en español significa diferir. Esta palabra cuenta con dos significados prominentes. El primero hace referencia a un desfase o un retraso temporal y el segundo, más común que el primero, significa ser diferente, ser otro, con cierta distancia. En sí mismo, el diferir solo hace referencia a diferencias locales entre individuos particulares. La *différance*, por el contrario, hace referencia a la articulación de todo el sistema del lenguaje, implica que todo movimiento de sentido, dentro del sistema lingüístico, incluye un movimiento de temporalización y de

espaciamiento. La temporalización se produce en el desfase temporal que se genera en la significación, donde el significado de un término siempre se ve anclado a un pasado que no se puede aprehender. El espaciamiento representa el movimiento de la significación, a través de la referencia, a su otro en la huella instituida, los términos “plenos” siempre hacen referencia a otro lugar, a un no-lugar. La *différance* es la articulación del movimiento de espaciamiento y de temporalización en un sistema de significaciones. Esta diferencia indica la imposibilidad de un origen pleno, de un significado trascendental que fundamente la presencia, debido a que todo término, toda presencia, se remite a un origen fragmentado, a un lugar y un tiempo que no se puede aprehender. “La diferencia es el “origen” no-pleno, el origen estructurado y diferente (de diferir) de las diferencias. El nombre de “origen”, pues, ya no le conviene”³.

La diferencia, como espaciamiento, no puede fundamentarse a través de una visión metafísica de la presencia; al revés, toda concepción de la presencia se ve fundamentada en el movimiento de la diferencia dentro del sistema lingüístico. En la diferencia se presenta un fenómeno parecido al de la huella instituida (lo que nos demuestra la complicidad de ambos conceptos). La concepción de la presencia, que se ha desarrollado durante toda la historia de la metafísica occidental, no se considera más como el fundamento de todo sentido. La presencia es una concepción más de sentido desarrollada históricamente dentro de ciertos parámetros establecidos por la articulación de la diferencia. Así, la presencia no es la respuesta al origen del sentido, es uno de los posibles sentidos que se han generado gracias a la falta de origen. Todo fenómeno de determinación tiene un doblez necesario, su origen fragmentado impide que pueda ser considerado un elemento unívoco con constancia plena. Ante toda presencia existe un origen

³ DERRIDA, Jacques. La *différance*. En: Márgenes de la filosofía. Traducido por Carmen González Marín. 4 ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 2003. 47 p.

fragmentado, un otro indiscernible, un tiempo muerto que trabaja su unidad de significación.*

Teniendo claros estos dos conceptos: huella instituida y diferencia, podemos entender la proposición principal que formula Derrida, con respecto a la naturaleza del lenguaje. El lenguaje para Derrida no funciona como un complejo de relaciones independientes entre un significante hablado y un objeto real, el lenguaje no puede ser considerado como una nomenclatura de la realidad. La falta de un significado trascendental implica que para que puedan subsistir relaciones significativas particulares, debe existir un sistema de referencias que, a través de la diferencia, logre constituir signos particulares que se determinan mutuamente. En este sistema de diferencias todo elemento constitutivo, tanto significante como significado funcionan como fuente de diferencia, como un significante en el devenir histórico de la huella. El sistema de la lengua se basa en una múltiple interdependencia de significantes, tanto gráficos como fónicos. La constitución del sentido en un esquema como este solo puede hallarse en la fórmula significante del significante, que implica la secundariedad de toda significación, gracias al movimiento de espaciamiento. Como lo evidencia el autor Alejandro Sacbé Shuttera Pérez:

El diferir como espaciamiento, por su parte, impide esa conjunción, ya que el significante no puede considerarse propiamente como correlativo a su significado. En suma, desde la base del planteamiento de la *différance* la relación se rompe, se disloca, no constituye ya algo propiamente simétrico, puesto que “el significado – afirma Derrida– está ya siempre en posición de significante” (Derrida, 1977: 77), y ello, en gran parte, dado que a su vez no puede haber lo que Derrida llama un “significado trascendental”⁴.

De esta manera, todo lo que se considera como lenguaje puede ser entendido bajo la fórmula del significante del significante que la tradición le ha adjudicado a la escritura. Derrida propone un nuevo término para denominar esta concepción del

* con respecto a los conceptos de huella instituida y diferencia en la filosofía de Derrida recomiendo los textos *The paradox of ipseity and différence* de Roland Theuas S. Pada y *The différence that makes all the différence* de Carl Olson

⁴ SHUTTERA, Alejandro. Derrida: la estructura desplazada y el problema de la *différance*. En: Revista LiminaR. Estudios sociales y humanísticos. Diciembre, 2006. vol. IV, núm. 2., 100 p

lenguaje: archi-escritura. Este concepto de escritura ampliada no representa a la escritura como tal, es una metáfora para evidenciar la complicidad entre la concepción peyorativa que las visiones metafísicas de occidente han sostenido sobre la escritura y el sistema general sobre el que funciona el lenguaje. Esta archi-escritura hace referencia a la naturaleza propia del lenguaje. Estrategia que utiliza Derrida para evidenciar que el peligro que la tradición le designaba a la escritura frente al habla plena era el miedo a esa diferencia irreductible que desmontaría todo sistema basado en la presencia. “Es que la archi-escritura, movimiento de la diferencia, archi-síntesis irreductible, abriendo simultáneamente una única y misma posibilidad de la temporalización, la relación con el otro y el lenguaje no puede, en tanto condición de todo sistema lingüístico, formar parte del sistema lingüístico en sí mismo, estar situado como un objeto dentro de su campo”.⁵

Así, en la archi-escritura no puede haber privilegios entre los significantes gráficos y los fónicos. Derrida no pretende invertir la relación entre escritura y habla, de modo que el habla sea el suplemento de una escritura pura. La archi-escritura representa la secundariedad necesaria de toda significación, que abre la posibilidad de la construcción de sentido en ambos tipos de significantes y su interrelación. Nunca ha existido una relación de significación natural en el habla, su existencia siempre estuvo determinada por esta escritura ampliada, siempre ha funcionado como una inscripción en una estructura de diferencias donde lo otro se muestra como tal. Para que se haya dado la posibilidad de la exclusión de la escritura de la relación de significación natural que representaba el habla es necesario que esa representación natural nunca haya existido, que su relación con la escritura no fuera contingencial, que su “origen” se encontrara en la escritura. Esta exclusión se genera como el deseo de encontrar una pureza en la significación, la ilusión de un habla pura sin huecos ni diferencias, totalmente autosuficiente. Se excluye al otro del habla (escritura) para disimular su relación con el otro, su contingencia necesaria, la

⁵ DERRIDA, Jacques. De la gramatología. Traducido por Oscar del Barco y Conrado Ceretti. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2001. 78 p.

diferencia que la constituye. Así, la archi-escritura ha funcionado desde siempre en la disimulación por un habla que intenta ser presente gracias a la exclusión de su otro y la reducción de la diferencia.

La archi-escritura impide que haya una consideración absoluta del significado en algo así como una verdad eterna y originaria. La jerarquización que propone al habla como superior a la escritura nace de una determinación particular del *logos*, como punto central donde se origina el sentido y hacia el cual todo significado tiende naturalmente. El *logos* es considerado en estas visiones como el creador del sentido que justifica toda relación significativa como una articulación que tiende a su verdad y presencia. Sin embargo, la determinación del *logos* responde a una construcción histórica que hace parte del entramado de diferencias del lenguaje, no es un punto ajeno y regulador sino un resultado de la huella instituida: "Que el *logos* sea ante todo impronta y que esta impronta sea la fuente escriptural del lenguaje, esto significa en realidad que el *logos* no es una actividad creadora, el elemento continuo y pleno del habla, etc."⁶

Ahora podemos entender la afirmación que hace Derrida al inicio de *De la gramatología*: "El advenimiento de la escritura es el advenimiento del juego"⁷ Está nueva concepción del lenguaje tiene como consecuencia la eliminación de todo significado trascendental. Dado que en el juego de la diferencia no hay verdades infinitas que no hagan parte del devenir de la huella instituida. En consecuencia, las significaciones no están ancladas a un orden de sucesión natural entre verdades intangibles, significantes puros y significantes impuros, sino que existe una libertad de determinación de los significantes particulares. El advenimiento de la archi-escritura, es decir, el fin de su disimulación dentro de un esquema del habla plena, abre la posibilidad al juego lingüístico, juego en donde los signos se autodeterminan en un movimiento histórico, sin límites preestablecidos ni significados fijos. En la

⁶ Ibid., 87 p.

⁷ Ibid., 12 p.

apertura del juego, el sentido se libera de sus ataduras y empieza a recorrer todas las estructuras del lenguaje sin una determinación por fuera del juego que lo limite.

Una de las consecuencias directas de la eliminación del significado trascendental es que la distinción saussureana entre signo y símbolo ya no es apropiada. Esta distinción surgía de una estructura específica del “como tal” dominada por la presencia. La estructura de referencias que domina al signo lingüístico no es la máxima representación del sentido, es un estadio derivado de la naturalidad del símbolo. En el símbolo, el sentido se presenta de manera natural, sin ningún doblez, sin diferencia ni inmotivación, y por ello representa la idealidad del sentido. En ese sentido, el símbolo es el estadio puro de sentido trascendental en tanto que su relación no está en cuestionamiento. En cambio, el signo surge en el corazón de una estructura de diferencias que determina los términos particulares a través de las diferencias que tiene con el resto de significantes. Pero el sentido que surge en esta estructura de diferencias, en la visión saussureana, es suplementario en tanto que no es autosuficiente. Toda significación derivada de la estructura referencial del lenguaje se encuentra subordinada a la concepción de la verdad trascendental y por tanto al reino de lo simbólico. Adentrados en la teoría del lenguaje de Derrida, ninguno de los dos términos es apropiado para denominar la unidad de sentido. El símbolo no tiene lugar en la huella instituida, ya que no existe ninguna unidad de sentido que se encuentre por fuera del juego de diferencias del lenguaje. El signo tampoco denomina la unidad de sentido dentro de la huella, dado que el sentido no se muestra de manera originaria en él, aparte de remitir a otras unidades contingentes en el juego del lenguaje, refiere a sentidos trascendentes fuera de juego: “No hay, a decir verdad, una huella inmotivada: la huella es indefinidamente su propio devenir-inmotivado. En lenguaje saussureano sería necesario decir lo que no dice Saussure: no hay símbolo y signo, sino un devenir-signo del símbolo”.⁸ Debido a la supresión del significado trascendental, la unidad del sentido que se genera en la estructura lingüística de la archi-escritura es la única representación

⁸ Ibid., 62 p

propia del sentido. Pero este sentido nunca se encuentra en estado puro, siempre se encuentra en el juego de la diferencia. No es ni unidad subordinada derivada del sentido ni un sentido trascendental pleno, es el devenir como única expresión del sentido, existente únicamente en el proceder histórico de la huella*. El profesor Andrea Potestá de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en su libro *El origen del sentido, Husserl, Heidegger y Derrida*, escribe a propósito de la contingencia necesaria del sentido en el juego del lenguaje:

Pero, por otro lado, Derrida no se limita a “imposibilitar” el sentido, en la medida en que él quiere precisamente mostrar cómo esta comprensión de la ausencia del origen es el comienzo de otra manera de frecuentar el sentido, que nos obliga a salir de los límites puestos por la presencia. Pero hay que prestar atención: “salir de los límites” no en el sentido de que los superamos, sino en el sentido de que nos damos cuenta que ya no podemos asegurarnos un control del sentido a través de esos límites, y que la única posibilidad del sentido consiste en hacernos cargo de su imposibilidad⁹.

El juego que abre la archi-escritura no es derivado ni subordinado, no trabaja en los límites de algo que le es exterior, no está delimitado por un significado trascendental. El juego mismo es su origen, lo que equivale a decir que no hay un origen. En el lenguaje solo existe el juego de la significación de las diferencias de los significantes, no hay sentido por fuera de él. El juego está libre de toda determinación anterior, su devenir es totalmente inmotivado, pero esto no significa que sea caprichoso. Que no haya una determinación exterior que domine al juego desde afuera, no significa que el juego no posea una lógica interna generada a partir de su devenir. Como lo ilustra la profesora Diana María Muñoz de la Universidad de San Buenaventura: “Aunque no esté ordenado desde el exterior por un centro al que se llama sentido, presencia o significado trascendental, es decir, aunque está llevado por una suerte de espontaneidad, no por ello este juego de significación

* Con respecto a la posición de Derrida sobre la dualidad del signo lingüístico y la unidad de la significación recomiendo los *textos derrida y el signo lingüístico* de Víctor Florian y *Duality of the sing deconstructed de Paulina klos*.

⁹ POTESTÁ, Andrea. *El origen del sentido: Husserl, Heidegger y Derrida*. Santiago de Chile: ediciones / metales pesados, 2013. 216 p.

carece de cierta “lógica” o “ley”¹⁰. La libertad del juego no implica que su movimiento sea azaroso o desordenado. Mediante el proceder histórico, motivado por el devenir de la huella instituida, se constituyen distintas construcciones de sentido que domina el proceder general del juego del lenguaje. Los problemas se generan cuando estas visiones particulares se postulan como los únicos guardianes del sentido en general y se posicionan por fuera del juego lingüístico. Toda determinación general del sentido, desarrollada históricamente, hace parte del juego mismo; no son puntos externos del proceder del juego que lo controlan desde afuera y le dan un propósito fijo, son denominaciones, dentro del juego, que regulan transitoriamente su proceder. Estas determinaciones surgen en el devenir histórico del juego, a la vez que determinan el juego, de manera local, son determinados por él. De esta manera, el sentido se desarrolla históricamente en el entramado de diferencias de la archi-escritura.

El proyecto que Derrida lleva a cabo para deconstruir las posiciones metafísicas de la presencia, en el lenguaje, desemboca en una diseminación del sentido en general. Al no existir significados trascendentales ni puntos fuera del juego que lo gobiernen, la producción del sentido se resume exclusivamente al devenir del juego del lenguaje. Pero, al no haber puntos particulares que aseguren su control, este sentido se encuentra siempre fragmentado, siempre está en cuestionamiento. La diseminación implica que el sentido que se genera en el juego del lenguaje, al no tener ningún punto fijo al que aferrarse, se produce de manera contingente y no unívoca. El sentido en la escritura representa un movimiento permanente de significación perpetuado históricamente sin ningún objetivo preestablecido. Dado que el sentido no es un a priori del lenguaje sino su producción, las posibilidades que conlleva no están limitadas. El sentido en el juego lingüístico se puede desarrollar en distintas formas, sin que una de ellas sea necesariamente superior. Las distintas visiones culturadas que desarrollan y guían el sentido en una sociedad

¹⁰ MUÑOZ, Diana. Deconstrucción y teología negativa. El juego entre *différance* y diferencia ontológica. En: Estudios de filosofía. Diciembre 2014, n°50. 84 p.

no pueden jerarquizarse entre sí. Una visión cultural de la verdad que guía al juego del sentido en su proceder histórico específico tiene tanta valía como las otras. El problema de Occidente y su metafísica es que universaliza el valor propio que tiene de la verdad y lo propone por fuera del juego lingüístico, no contingente sino absoluto, y por encima de las demás visiones de mundo en las que se desarrolla el sentido en distintos contextos sociales. “Si las palabras y los conceptos sólo adquieren sentido en un encadenamiento de diferencias, no puede justificarse su lenguaje, y la elección de los términos sino en el interior de una tópica y de una estrategia históricas. La justificación nunca puede ser absoluta y definitiva. Responde a un estado de fuerzas y traduce un cálculo histórico”¹¹.

El devenir histórico del juego que perpetúa el movimiento del sentido históricamente está anclado a diferentes momentos, en diferentes contextos y a partir de ciertas relaciones personales. El sentido, al no estar gobernado por una verdad trascendente, se mueve entre las distintas culturas con libertad, siempre determinado de manera contingencial. La sucesión temporal pluridimensional que constituye el devenir de la huella instituida configura al movimiento del lenguaje como un proceso de producción histórico. Pero esto no significa que el devenir del sentido, en el juego, le pertenezca al hablante, y que es este quien decide el sentido particular de una expresión. El sentido se constituye culturalmente desde una regulación social del juego que, si bien no es permanente, no está en cuestión para el hablante en específico, sino para el devenir histórico de una comunidad en un contexto determinado.

En conclusión, podemos entender que para Derrida el lenguaje implica más que la simple relación entre un significante fónico y un significado trascendental en el contexto de la presencia. El lenguaje es el fenómeno “originario” que nos permite entender que no existe un origen puro. La contingencia de la presentación del lenguaje nos demuestra la fragilidad de las bases en las que fundamentamos

¹¹ DERRIDA, Jacques. De la gramatología. Traducido por Oscar del Barco y Conrado Ceretti. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2001. 61 p.

nuestro conocimiento. Pero esta contingencia está lejos de ser un error, es esta falta de fundamento la que posibilita la existencia del sentido, permite su devenir temporal en la estructura de la diferencia, su continuidad en el complejo del espacio y el tiempo. El movimiento de sentido que posibilita la construcción del lenguaje se revela como contingencial porque su origen está anclado a un tiempo y espacio específicos, su devenir está centrado culturalmente, mientras es determinado por una cultura específica, la modifica en el corazón de su juego. El absolutismo que antes presentaba el lenguaje no es posible en esta teoría. El habla pura solo fue una ilusión, un deseo de pureza que escondía la contingencia del sentido que se evidenciaba en la escritura. La deconstrucción de la metafísica de la presencia, que hace Derrida, desemboca en el profundo cuestionamiento de los orígenes trascendentales que rigen las construcciones de sentido específicas en una sociedad, al mostrar su contingencia necesaria en el juego del lenguaje de la archi-escritura.

En el próximo capítulo vamos a abordar el problema de la metáfora. Para poder establecer el lugar de la metáfora en la obra que nos atañe, es necesario esbozar el concepto de metáfora en términos generales. Pero dado que este concepto no es tratado de forma directa y esquemática en *De la gramatología* nos vemos obligados a recurrir a otro texto de Derrida para obtener las bases sobre las cuales construiremos nuestro análisis. La obra que nos servirá como base teórica en lo que respecta al problema de la metáfora es un texto publicado cuatro años después de *De la gramatología* titulado *La mitología blanca*, en donde Derrida postula su visión general sobre el concepto de metáfora y el tratamiento que este ha recibido en la historia de la filosofía y la retórica.

2. SENTIDO PROPIO/ SENTIDO FIGURADO: LA PELIGROSIDAD DE LA METÁFORA

En el primer capítulo de la presente investigación hemos intentado elucidar el concepto de sentido en la primera parte de *De la gramatología* tanto como nos era posible. Ahora será tiempo de ocuparnos del problema de la metáfora. Como ya habíamos aclarado en la introducción, el propósito primordial de este segundo capítulo es dar con una teoría general de la metáfora en Derrida y como dicha empresa no es llevada a cabo por el argelino en *De la gramatología* vamos a recurrir a uno de sus textos posteriores donde ofrece una mirada sistemática sobre el tema que nos permitirá avanzar en nuestra pesquisa sobre la relación entre metáfora y sentido.

Para abordar un tema Derrida generalmente recurre a dos procesos. Estos dos procesos se ven definidos por las oposiciones binarias que Derrida reconoce en la historia de la construcción conceptual del problema. Las oposiciones binarias son pares de conceptos complementarios en donde el primero es considerado puro e indeterminado y el segundo se concibe como suplementario y derivado. El tratamiento que realiza del primer concepto en la oposición binaria tiene como finalidad poner en cuestión su supuesta pureza al mostrar su dependencia de los conceptos que supuestamente le son inferiores. De manera complementaria, su abordaje sobre los conceptos denominados como inferiores pretende reivindicar su posición, despreciada por la tradición, al mostrar cómo estos determinan a los conceptos que supuestamente los dominan. Para entender la posición de Derrida sobre la metáfora necesitamos conocer la oposición binaria que gobierna este concepto en la tradición filosófica. La oposición binaria que Derrida trabaja en *La mitología blanca* es entre el sentido propio y el sentido metafórico, tema que va a ser de suma importancia para nuestra investigación. El estudio de *La mitología blanca* que vamos a realizar en buena parte de este capítulo se verá centrado en torno al trato que le da Derrida a esta oposición.

El texto comienza con el análisis de uno de los conceptos principales sobre los que se erige la discusión sobre la separación entre sentido propio y sentido metafórico en la tradición filosófica, la usura. Para empezar con dicho análisis Derrida trae a colación un fragmento de *El jardín de Epicuro* de Anatole France en donde dos personajes (Ariste y Polifilo) discuten sobre la usura de las palabras, fundamento creador de la metáfora y de la metafísica. En este dialogo Polifilo critica al lenguaje filosófico y a los metafísicos por no percatarse de la usura de las palabras, el frotamiento entre ellas que borra el origen de la palabra de manera progresiva. Este olvido resulta en la creación de términos abstractos y suprasensibles que pierden el sentido de la palabra originaria. Polifilo parte de la premisa de que todo signo tiene, en su origen, un símbolo del cual parten, que se ha perdido con el tiempo y el uso. Toda palabra se crea como una nominalización del mundo existente a través de construcciones fónicas y gráficas relacionadas de una manera directa con el objeto que significan. Bajo esta concepción el movimiento del lenguaje es considerada como una nominalización del mundo existente. los conceptos abstractos que se han desarrollado a través de la historia solo son el resultado del movimiento de usura del lenguaje. Las palabras pierden su sentido original y se transforman en conceptos sin significación material que quedan en el aire. Este movimiento de la usura que es criticado en este texto es propio de los metafísicos que, ignorantes ante los orígenes del lenguaje, proponen construcciones aireadas sobre los de los cuales se ocupan. Según Polifilo, estos pensadores cometen el error de construir sistemas de pensamiento sin tomar en consideración la validez de los términos que utilizan. Motivan la creación de edificios teóricos desenfrenados sin fundamento lingüístico. Este paso de lo físico a lo metafísico representa la desvirtuación del lenguaje, el ocultamiento de su origen material y simbólico. De ahí la importancia que tiene el etimologismo en el análisis y el pensamiento filosófico. Para evitar estos desvaríos metafísicos sin fundamento sólido, la etimología motiva la búsqueda de un sentido pleno y claro en el origen de las palabras que la metafísica se ha encargado de desmoronar.

Bajo esta concepción podemos hacer un primer bosquejo de lo que implica el sentido propio y el sentido metafórico. El sentido propio es la significación primigenia de la palabra, fundamentada sobre un objeto en la realidad. Su expresión es clara y transparente debido a que evoca la imagen del objeto que representa de manera directa. Entonces el sentido figurado o metafórico vendría a ser el movimiento trópico del lenguaje que se aleja, por la usura, del sentido primigenio (propio) de la palabra, claro y transparente en su constitución instituida por una referencia al mundo sensible, hacia construcciones abstractas e inseguras sin una sustentación presente que las valide. Los pensadores metafísicos que ignoran los orígenes de las palabras se condenan a sí mismos a la alegoría, a la metáfora incesante, al sentido figurado. Estos metafísicos hacen “mitología blanca”, construcciones fantasiosas que se cimentan sobre el olvido de su origen, origen que sin embargo sigue en ellos, como tinta indeleble. El estudio etimológico es el único escape posible ante tales construcciones absurdas, dado que provoca la vuelta a los orígenes simbólicos de la palabra (sentido propio), lo que permite la construcción de discursos coherentes y rigurosos basados en la realidad.

La teoría que despliega Polifilo en dicho fragmento tiene como fundamento el purismo de los orígenes, concepción recurrente en la tradición filosófica occidental. Esta consiste en la consideración de que en la base de cualquier concepto o problema se encuentra un origen puro y unívoco que es necesario develar. La naturaleza de ese origen y el método predilecto para llegar a él generalmente varían dependiendo del autor y del periodo temporal, pero la creencia en la existencia de una verdad originaria se mantiene. El etimologismo, en este caso en particular, es la herramienta que se postula como el método para llegar a ese supuesto origen puro.

Para refutar esta concepción Derrida recurre a un autor que ya analizamos en el primer capítulo, Ferdinand de Saussure, y en específico a la diferenciación que el lingüista francés realiza entre lingüística diacrónica y sincrónica. La primera de ellas consiste en el estudio del desarrollo histórico de la lengua y de sus elementos. Por

otra parte; la lingüística sincrónica consiste en el estudio de la lengua en tanto que sistema estructurado de significación en un momento temporal específico. En la propuesta de Polifilo se denota un desaforado privilegio de la diacronía sobre la sincronía en el estudio de las palabras. Se sacrifica el estudio del sistema de significaciones propio del lenguaje al darle importancia únicamente a las raíces etimológicas de las palabras particulares y no el sistema general de relaciones que se despliegan entre cada signo particular y que permiten la significación en el lenguaje. El estudio propuesto por Polifilo no se preocupa por la constitución del lenguaje como un sistema de significaciones intrincadas que dan la posibilidad a las representaciones particulares de significación. La etimología encierra a las palabras en la relación unívoca con el objeto que significan, lo que impide la interpretación general del funcionamiento del lenguaje.

Encontramos, entonces, que la usura no es un movimiento unidireccional, que empieza en el origen del sentido y que progresa hasta llegar al olvido del punto de partida. La usura no puede ser considerada como algo que adviene al lenguaje cuando tomamos en consideración la perspectiva sincrónica del lenguaje. El sistema no funciona sin que haya relación entre sus partes, relación que no es posible sin que entre ellos exista una determinación mutua. El frotamiento de los conceptos, que propicia el cambio presente en la usura es una consecuencia directa de la estructuración del lenguaje como sistema de diferencias. Dicha determinación mutua se puede encontrar en el concepto de valor en economía, claro ejemplo del cruce de los ejes sincrónicos y diacrónicos. Tanto la lingüística como las ciencias económicas determinan su estructura básica (en la lingüística la palabra y en la economía el dinero) a través de la relación de dos ejes analógicos como son el trabajo y el salario en el caso de la economía y el significado y el significante en la lingüística. La exposición de la relación entre el valor y la significación se realiza para criticar a la concepción de lenguaje como nomenclatura de los objetos de la realidad. Para comprender esta crítica tenemos que entender primero cómo funciona la determinación del valor de una cosa. El valor de una cosa se constituye

a través de dos tipos de relaciones: Primero, por su posible cambio por cosas diferentes. Segundo, la posible comparación con un orden diferente de cosas basadas en la misma estructura. Por ejemplo, en el caso del dinero, para conocer el valor de una moneda específica debemos saber el valor de cambio que tenga con respecto a un producto y su posible comparación con un elemento de otro sistema: la moneda de algún otro país. Esta determinación de valor se encuentra, de la misma manera, en los sistemas de significación, que determinan el significado de una palabra a través del valor de cambio que tengan con respecto a una cosa desemejante (una idea) y de la posible comparación con algo del mismo orden (otra palabra). Cómo ya habíamos visto en el primer capítulo la significación que se presenta en las palabras no parte de una unidad atómica originaria y propia que sustenta cada partícula, sino que pertenece a un orden superior y sistemático que da la posibilidad de las relaciones significante/significado particulares encontradas en dicho sistema.

Todo lo precedente viene a decir que en la lengua no hay más que diferencias. Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua solo hay diferencias sin términos positivos. Ya se considere el significante, ya el significado, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema¹².

Como muestra Saussure en esta cita el lenguaje no puede ser comprendido como una colección de relaciones significativas independientes una de la otra. Cada significación solo tiene sentido en tanto que se relaciona de una manera específica con los otros elementos del sistema intralingüístico, a través de la diferencia. Dicho sistema rechaza la idea de una nomenclatura que domine el lenguaje, pues ignora las relaciones que tienen lugar en el lenguaje por fuera de la simple significación. La teoría saussureana representa, a través del valor erigido en el concepto de usura, el movimiento propio del lenguaje en el cual no se puede encontrar un sentido propio que no esté sujeto a las cadenas de diferencias del sistema lingüístico. De aquí que

¹² SAUSSURE, Ferdinand. Curso de lingüística general. Traducido por Mauro Armiño. Barcelona: Editorial Planeta De Agostini, S.A., 1984. 144 p.

el concepto de usura no pueda considerarse como una malogración del lenguaje sino una parte esencial de la significación*.

Derrida insists that the metaphors whose original meanings have been eroded or worn away over time, like the surfaces of circulating coins, are not simply reduced to the status of dead metaphors but remain “alive and dead simultaneously”. (...) While metaphors are subject to the gradual erosion of their original sensory meaning over time, they remain subject to displacements and reinscriptions of meaning as well. And they remain active or alive in the extensions, projections, and hyperbolizations of figurative meaning that are facilitated by such usure.¹³

Cómo expone Anthony Reynolds en la cita anterior, para Derrida la usura no es la interrupción de la significación, sino uno de los elementos que permite que el sentido sea un movimiento dinámico más que un sistema estático. Gracias al esclarecimiento del concepto de usura podemos entender mejor lo que implica la oposición binaria entre el sentido propio y el sentido metafórico. El sentido propio hace referencia al origen puro, el lugar donde se encuentra la verdad, y el sentido metafórico representa las significaciones alternas que se alejan de la verdad originaria. No todos los autores que estudia Derrida ven a la usura del movimiento metafórico como algo completamente negativo, aunque todos concuerdan en que la pérdida de sentido que esta produce debe estar seguida por una reapropiación subsecuente que reconduzca al vagabundeo del sentido en el movimiento metafórico hacia la verdad originaria. La reivindicación de la metáfora entonces consiste en encontrar que tiene de metafórico este origen “puro”, en qué sentido la idea de verdad originaria se encuentra filtrada por movimientos metafóricos.

Teniendo claro el concepto de usura podemos pasar al punto central de la discusión, a saber, el tratamiento que hace Derrida de la oposición binaria entre el sentido propio y el sentido metafórico y de la estructura metafísica que soporta dicha distinción. Como le es usual, Derrida empieza la discusión del problema a través del

* En lo que respecta al problema de la usura en la filosofía de Jacques Derrida recomiendo dos textos: La borradura de la metáfora en el pensamiento filosófico de Jennifer Zambrano y The metaphor of usury de Michael Abeyta.

¹³ REYNOLDS, Anthony. The afterlife of dead metaphors: on Derrida’s pragmatism. En: Revista De Letras. Julio, 2009. vol. 49, no. 2, 2009, 190 p.

análisis de la propuesta de un autor, que en este caso no es otro que Aristóteles y su teoría de la metáfora expresada principalmente en su obra *La poética*. El estagirita propone que la metáfora consiste en llamar a una cosa con el nombre de otra. Esta posibilidad de la metáfora se hace realidad gracias a la dualidad existente en el origen del lenguaje, expresada en Aristóteles por los términos *lexis* y *dianoia*. Similar a la distinción saussureana entre significado y significante, la *dianoia* representa el contenido del lenguaje en estado puro que no se expresa por sí mismo y la *lexis* es la enunciación de dicha idea en un acto material (lenguaje). en la *dianoia* no puede haber metáfora ya que esta solo empieza con la posibilidad de la pérdida de la presencia del sentido. La *lexis* es la instancia donde la pureza de la *dianoia* se pone en juego, donde la verdad se pone en presencia, pero también donde puede perderse. Necesitamos comprender, entonces, las implicaciones que tiene el concepto de *lexis* en la teoría aristotélica para poder entender su concepto de metáfora. Vamos a empezar por la unidad más simple de sentido sobre la cual se construye la *lexis*, el nombre. Volvemos a la concepción de Polifilo de que el lenguaje, en su estructura más simple, se basa en la nominalización de la realidad. El nombre, en este caso, se erige como la estructura más simple del lenguaje en la filosofía aristotélica, porque es la menor unidad que puede contener un sentido singular y concreto. Del nombre parten todas las combinaciones significantes en el lenguaje, razón por la cual es la unidad donde se lleva a cabo la metáfora. Podemos entender que la metáfora es la expresión de un pensamiento a través de un nombre que no le corresponde según la nominalización propia del lenguaje en cuestión.

La metáfora solo tiene lugar en la teoría aristotélica del nombre en tanto que hace parte de la mimesis, por tanto, para llegar a una comprensión adecuada de la concepción aristotélica de la metáfora necesitamos entender en qué sentido la metáfora forma parte de la mimesis y qué consecuencias implica esta pertenencia. La mimesis según Aristóteles consiste en la imitación con conciencia del parecido y de la similitud. Uno de los aspectos fundamentales que distinguen a la mimesis de la imitación que pueda realizar algún animal es que está se encuentra en una

relación fundamental con la verdad. la imitación con conciencia del parecido que realiza el humano siempre deberá encontrarse dirigida hacia la obtención de un conocimiento particular relacionado con el desvelamiento de la naturaleza. La metáfora funciona como parte de la mimesis en tanto que su producción, así como su comprensión, recaen en la percepción del parecido que caracteriza a la mimesis. La metáfora, como relación entre dos o más nombres, tiene como necesidad la existencia de un puente entre los nombres en cuestión, de manera que se pueda hacer el cambio de nombre que implica el movimiento metafórico. Este puente se crea a través de la percepción del parecido entre los usos de los nombres sobre los cuales se va a realizar la metáfora. Así como el parecido crea la relación que da inicio a la metáfora también es el parecido el que hace posible que de esta pueda sacarse un conocimiento. El hombre busca en la metáfora el sentido que se le ha perdido una vez se cambia el nombre que normalmente le corresponde. Sin embargo, la obtención del conocimiento que genera la metáfora no viene sola, la búsqueda del parecido en la metáfora y su eventual comprensión se generan en parte gracias al placer que produce la conclusión de esta búsqueda. Encontrar el sentido y la intención de la metáfora implica reparar la unidad del nombre propio que ha quedado fragmentada por el movimiento metafórico. Dicho placer se constituye gracias a la ausencia destacada del objeto que genera la metáfora. De esta manera podemos concluir que la metáfora, como parte de la mimesis, tiene que encontrarse dirigida hacia la obtención de un conocimiento verdadero para que sea válida.

Sin embargo, la relación entre la metáfora y el conocimiento no es siempre unilateral. Así como la metáfora puede representar un conocimiento verdadero también corre el riesgo de interrumpir la cadena semántica a la que debería pertenecer. En el momento en que la metáfora separa al nombre del objeto al que debería estar atado se abren las puertas al vagabundeo de lo semántico. En este momento la significación se encontrará en una especie de disponibilidad entre el no-sentido previo al lenguaje y el sentido puro de la *dianoia*. En el no sentido el

lenguaje aún no ha nacido y en la verdad del lenguaje o *dianoia* su ser no se ha representado, por tanto, su presencia no puede perderse, se encuentra en la idealidad de sí misma.

La Lexis no es, si así puede decirse, ella misma más que en la instancia en que ha aparecido el sentido, pero en la que la verdad puede todavía perderse, cuando la cosa no se manifiesta todavía en acto. Momento del sentido posible como posibilidad de no-verdad. Momento del rodeo donde la verdad puede perderse todavía, la metáfora pertenece a la mimesis, a este pliegue de la *physis*, a ese momento en que la naturaleza, velándose a sí misma, no se ha encontrado todavía en su propia desnudez, en el acto de su propiedad.¹⁴

Esta instancia intermedia de la que habla Derrida entre el estadio pre-sentido y el sentido pleno y eidético (*dianoia*) que se produce como consecuencia de las metáforas será para él el espacio de la Lexis, del lenguaje. Nace la posibilidad de poner el sentido en presencia en la materialidad de la *lexis* para permitir su comunicación, pero a la vez se abren las puertas al vagabundeo de lo semántico por la posible pérdida de la presencia de la *dianoia*. Es el momento del sentido posible como no-verdad, se abre la posibilidad al rodeo de la verdad. La metáfora es la posibilidad de la mimesis y por tanto del lenguaje, pero también es el campo en el cual la verdad que fundamenta al lenguaje puede perderse. Si en la *lexis* el sentido originario puede perderse es porque hay algo que siempre le falta, hay una ausencia determinada que impide que se cierre el movimiento de la significación en la simple identidad.

Esta ausencia se ve claramente en la analogía, metáfora por excelencia según Aristóteles. La analogía consiste en el movimiento que se genera entre dos pares de conceptos análogos en donde se cambia uno de los conceptos en un par por su homólogo en el otro. Por ejemplo, el atardecer es al día lo que la vejez es a la vida, una analogía que podría realizarse en este caso es cambiar atardecer por vejez lo que resultaría en: la vejez es el atardecer de la vida. Estas relaciones se presentan, normalmente entre esquemas de nombres bien establecidos con funciones claras.

¹⁴ Derrida, Jacques. La mitología blanca. En: Márgenes de la filosofía. Traducido por Carmen González Marín. 4 ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 2003. 281 p.

El problema se presenta cuando uno de los términos falta en este esquema y se quiere hacer la relación analógica con otro esquema. Problemática que Aristóteles hace evidente cuando descubre en la poética la llamada analogía del sol. “Pero hay casos de analogía que no tienen nombre, a pesar de lo cual se dirán de modo semejante; por ejemplo, emitir la semilla es «sembrar», pero la emisión de la luz desde el sol no tiene nombre; sin embargo, esto con relación a la luz del sol es como sembrar con relación a la semilla, por lo cual se ha dicho “sembrando luz de origen divino”.¹⁵

La analogía del sol es un ejemplo que utiliza Aristóteles para mostrar que la falta de uno de los elementos de la cadena no es un impedimento para la concreción de una analogía coherente y comprensible. Pero de aquí surge una cuestión clara, a saber, ¿cómo puede originarse una relación entre dos nombres (metáfora) sin que haya algo común entre ellos que propicie el intercambio? ¿Qué implica la existencia de esta metáfora para la construcción general del lenguaje? si la metáfora funciona gracias a una ausencia en la relación entre dos términos establecidos (nombres propios), ¿cómo es posible que este intercambio se genere si hay una ausencia en la misma relación? Dicha analogía solo es posible si se sobreentiende una relación previa e invisible entre los dos términos que permita su comprensión así su relación no sea clara. Cuando se acepta la posibilidad de dicha metáfora se presume una intrincada relación entre los elementos del lenguaje. La metáfora no sobrevendría a elementos establecidos y seguros como son los nombres propios, si no que más bien los nombres presuponen de antemano la relación general sobre la cual se constituye el lenguaje. Lo definido estaría siempre implicado en la definición

Si se impone esta analogía -y lo hace- es que, en el lenguaje, pasa por una cadena larga y poco visible de la que es muy difícil, y no sólo para Aristóteles, exhibir el extremo. Más que de una metáfora, ¿no se trata aquí de un “enigma”, de un relato

¹⁵ ARISTÓTELES. Poética de Aristóteles. Traducido por Valentín García Yebra. Madrid: Editorial Gredos, S.A., 1974. 157b25-30

secreto, compuesto de varias metáforas, de un poderoso asíndeton o conjunción hurtada cuya esencia es “poner juntos, diciendo lo que es, términos inconciliables”?¹⁶

Para entender mejor esta problemática tenemos que comprender el concepto de propiedad que se halla en la base de la oposición entre sentido propio y sentido metafórico. El valor de propiedad, junto con la esencia y el accidente son los que, a juicio de Aristóteles, mantienen el campo del lenguaje abierto. Debido a que el principal propósito de la metáfora es la búsqueda del conocimiento su tratamiento tiene que estar relacionado con un saber específico sobre la definición. En este caso la utilidad o el valor de una metáfora se refiere a la coincidencia con la propiedad, la esencia o el accidente de la cosa que se trata de significar. Y siendo el principal objetivo del lenguaje (en la consideración aristotélica) mostrar la cosa misma es importante investigar la verdad esencial y propia de la cosa y como esta se pone en juego en el movimiento metafórico. Sobre la propiedad del nombre se estructura todo el lenguaje como nomenclatura de la realidad. El nombre solo funciona cuando designa una sola cosa en un solo sentido, lo cual quiere decir que el lenguaje solo es tal si es unívoco. La polisemia no controlada es la muerte del lenguaje, en tanto que remite su significación a la incertidumbre. La polisemia solo puede funcionar en este esquema de significación si un nombre determinado tiene una cantidad reducida de sentidos, distinguibles unos de otros.

Si un nombre solo puede significar una cosa de manera apropiada la única forma en que se pueda dar algo así como la metáfora es que exista una diferencia entre lo propio de la cosa y su esencia. Dicha diferencia posibilita el juego metafórico en el lenguaje. Gracias a esta diferencia la metáfora puede relacionar las propiedades de dos cosas distintas, mostrarlas a través de su parecido sin hacer explícita su esencia. Para que la metáfora pueda ser sostenida como un medio válido para obtener conocimiento en un sistema lingüístico que se basa en la nomenclatura de la realidad es necesario que lo que se cambie en la metáfora no deje a la cosa en cuestión desprovista de una identidad. Aquí entra la diferencia entre propiedad y

¹⁶ DERRIDA, Jacques. La mitología blanca. En: Márgenes de la filosofía. Traducido por Carmen González Marín. 4 ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 2003. 282 p.

esencia. La esencia evita que la cosa como tal se vea envuelta en el juego de substituciones del movimiento metafórico, lo que permite que las propiedades de las cosas sean intercambiadas sin poner en riesgo la identidad de la palabra. Las condiciones para que dicho intercambio pueda darse son que el objeto cuente con varias propiedades y que el predicado de lo propio y el predicado de la esencia sean intercambiables en un enunciado sin que este sea falso. Por ejemplo, si reconocemos que la creación de metáforas es lo propio del hombre y la humanidad es su esencia podemos decir “si x es un hombre es capaz de crear metáforas”, así como “si x es capaz de hacer metáforas es un hombre”. Lo propio entonces es lo que, sin hacer explícita la esencia del sujeto, solo le pertenece a él y puede ser intercambiado por el sujeto como predicado de un sujeto concreto. A través de la diferencia entre esencia y propiedad la filosofía pretende llenar la ausencia que implica el movimiento metafórico. La verdad del sentido se hace presente en el nombre a través de la esencia, que nunca le falta.

Desde el inicio toda metáfora que pretenda utilizar al sol se encuentra en una encrucijada. como objeto percibido por los sentidos es difícil determinar que le es propio al sol y que no. Aquello que solo puede ser conocido mediante la sensación no se le puede determinar algo como propio dado que, al solo ser cognoscible mediante la sensación, sus propiedades no siempre nos están disponibles. Por ejemplo, podemos decir que lo propio del sol es ser el astro más brillante que se mueve sobre la tierra, pero no se puede comprobar que el sol siga moviéndose por la tierra cuando el sol se pone. Según Aristóteles¹⁷, para poder determinar la propiedad de algo es necesario que este no se manifieste mediante la sensación o que, siendo sensible, sea evidentemente necesario. Se sigue de esto que toda metáfora que implique el sol no puede aportar conocimiento claro y seguro, dado que no parte de ninguna propiedad debidamente establecida. El sol es siempre impropriamente conocido y, por lo tanto, impropriamente nombrado. De aquí se sigue

¹⁷ ARISTÓTELES. Tratados de lógica. Traducido por Miguel Candel Sanmartín. Madrid: Editorial Gredos, S.A., 1982. 131b30.

que todas las metáforas que impliquen al sol (heliotrópicas) son imperfectas. Lo sensible no limita el conocimiento debido a la forma de presencia de la cosa sensible, más bien porque su presencia no siempre nos está disponible, puede no presentarse u ocultarse, su presencia no se domina.

Esta consideración sobre la naturaleza de las metáforas heliotrópicas nos permite abordar el problema de la propiedad de manera más precisa. La filosofía trata de salir del abismo de la implicación del definido en la definición del movimiento metafórico a través de conceptos que en sí mismos tienen una eficacia metafórica. Al respecto los ejemplos que Derrida proporciona son la luz (artificial) y el hábitat (desplazado). El lenguaje y su eficacia se juzgan, de acuerdo con Aristóteles según su claridad u oscuridad. Así, la expresión clara del significado se da en la definición del nombre, donde se enuncia directamente lo que le es propio. La metáfora siempre se encuentra bajo cierta oscuridad. Dependiendo de la “visibilidad” de lo propio del nombre que se trata de significar se juzga si una metáfora es buena o mala, si se pueden extraer conocimiento de ella o no. La segunda metáfora, el hábitat, Derrida la identifica en la obra del filósofo francés César Chesneau Du Marsais, quien considera que la metáfora es una especie de tropo en el que se utiliza una palabra en un sentido diferente al que le es propio, se encuentra en una morada prestada, en un hábitat que no le es propio. Ambos autores tratan de presentar estas figuras separadas del movimiento general de la metáfora, como una metáfora que existe para significar la metáfora, es una metáfora de la metáfora. Este es, según Derrida, el medio que la filosofía utiliza para reapropiarse del sentido, sentido que nunca le perteneció en propiedad (o que nunca fue propio). Esta metáfora de la metáfora es lo que conocemos como los conceptos filosóficos. A través de la idealización la filosofía toma una metáfora particular, la separa del movimiento general del sentido metafórico y la ubica como el regente del poder metafórico en general. Una metáfora que supuestamente deja de estar unida a la totalidad del lenguaje (y por tanto de su incertidumbre) y empieza a ordenar la totalidad del espacio metafórico.

Para lograr una mejor comprensión de este problema vamos a retomar el concepto de metáfora heliotrópica que trabajamos anteriormente. A través del problema de la analogía del sol podemos extraer que, a pesar de que no es posible determinar algo como propio del sol, podemos comprender su accionar a través de una formación metafórica, aunque de manera imperfecta. Si podemos llegar a entender el sentido de un objeto como el sol (que carece de propiedad) en un discurso es porque hay algo a parte de la percepción que nos posibilita su comprensión. Según Derrida podemos describir el movimiento del sol de dos maneras distintas, el movimiento del sol que gira y el movimiento que gira hacia el sol. Cada uno de estos movimientos describe una forma específica en la que el hombre obtiene conocimiento del sol. El movimiento del sol que gira representa la percepción, en tanto que esta implica únicamente la relación entre la subjetividad de la persona y el objeto que es percibido. El movimiento que gira hacia al sol representa la forma en que los elementos por fuera de la relación significativa particular la afectan. A este último Derrida lo denomina la mirada del nosotros, en contraposición a la mirada sensible, en tanto que ejemplifica cómo la comprensión de una cosa cuya presencia no se domina (en este caso el sol) recae en la estructuración del sentido en un sistema basado en la múltiple determinación de sus elementos. Esta diferenciación también se aplica a la comprensión de las metáforas (y por tanto del lenguaje en general). El sentido metafórico es la mutua determinación de los elementos particulares de un sistema lingüístico, cada unidad significativa se ve determinada por lo que está en su afuera, por la usura, el desgaste que genera el rozamiento con los demás elementos del sistema. La filosofía trata de revertir dicho movimiento con el concepto filosófico, que como vimos, pretende frenar y dominar el sentido metafórico. Cómo expone Jean-Luc Amalric en su libro *Ricour, Derrida. El desafío de la metáfora*: “el concepto filosófico aparece como aquello que sobrepasa a la metáfora por un proceso especulativo de generalización, cuyo objetivo es contener y someter la fuerza metafórica”.¹⁸ El sometimiento de la fuerza

¹⁸ AMALRIC, Jean-Luc. Ricœur, Derrida. El desafío de la metáfora. Traducido por Jennifer Rivera y Fabrizio Pineda. Bogotá: Universidad El Bosque., 2012. 59 p.

metafórica que se da como resultado del concepto metafórico evoca en la concepción del sentido como relación unívoca y autosuficiente entre un significante y un significado que estudiamos en el primer capítulo. La autosuficiencia del sentido que la filosofía propone al frenar el movimiento general de la metáfora se transmite a su fundamentación ontológica, el ser toma la forma de la presencia para sí. Se elimina la mirada del nosotros (el entramado referencial sobre el cual se construye el lenguaje) y solo queda la proximidad o propiedad de la subjetividad para sí misma. La conciencia solo se tiene como referencia a sí misma de manera que todas las construcciones de sentido posibles solo sean válidas dependiendo de la relación que mantengan con dicha conciencia. Este es el nacimiento de la metafísica de la presencia, como organización de los campos del sentido en razón de la pureza con la que se presentan ante la conciencia. Aquí surge también lo que conocemos como el sentido propio, como la forma predilecta del sentido bajo la estructura de la presencia para sí. Por esta razón la tradición filosófica trata con recelo a la metáfora, porque la necesita, en ella se encuentra su “origen”, pero también su fin. Por eso toda teoría de la metáfora o metaforología está necesariamente destinada al fracaso, porque su análisis siempre excluye a una metáfora, la metáfora que le brinda a la filosofía la posibilidad de controlar el espacio metafórico, la metáfora primordial que detiene el movimiento del lenguaje*.

Como ya expresamos anteriormente Derrida no realiza una teoría general sobre el funcionamiento de la metáfora en *De la gramatología*, pero sí la implica y la asume. Desde las primeras páginas de la obra Derrida sitúa la desestabilización de la oposición binaria entre sentido propio y sentido figurado como uno de los propósitos fundamentales de su estudio, y como uno de los pilares que sostendrán su teoría general sobre el sentido. “Por lo tanto no se trataría de invertir el sentido propio y el sentido figurado sino de determinar el sentido “propio” de la escritura como la

* Con respecto a la perspectiva de Jacques Derrida sobre la relación entre filosofía y metáfora recomiendo dos artículos: *Metáfora y filosofía. En torno al debate Paul Ricoeur-Jacques Derrida* de Marcelino Agís Villaverde y *Metaphor and philosophy: an encounter with Derrida* de Michael Morris.

metaforicidad en sí misma”¹⁹. En el capítulo tercero sección tres del texto Derrida hace un esbozo de la teoría de la metáfora que luego va a desarrollar en *La mitología blanca*. Derrida expone la necesidad que tiene el nombre propio del sistema de diferencias propio de la archi-escritura. “Lo propio del nombre no escapa al espaciamento, ya sea que esté ligado por su origen a representaciones de cosas en el espacio o que permanezca atrapado en un sistema de diferencias fónicas o de clasificación social aparentemente desligado del espacio corriente. La metáfora trabaja el nombre propio”²⁰.

El sentido propio fundamentalmente no existiría, la presencia absoluta del sentido propio sería una respuesta a la necesidad fundamental de la metafísica de controlar el devenir constante de la archi-escritura, en su estructura diferencial. El análisis de la estructura fundamental del lenguaje resulta necesariamente en la deconstrucción de la oposición binaria entre sentido propio y sentido metafórico.

En conclusión, la historia de la filosofía metafísica, según Derrida, puede entenderse como la historia de la represión y el olvido del movimiento metafórico. La filosofía, mediante la idealización, disecciona el sentido entre la esencia, lo propio y lo accidental, lo que resulta en la esterilización y la sanitización de la expresión del sentido. Se paraliza el constante movimiento de caída sobre el que se funda el lenguaje, los elementos que constituyen el sistema lingüístico se vuelven independientes y autosuficientes de la totalidad del movimiento del lenguaje que le da origen. El sentido no se debate en la relación de un elemento con la estructura de la que hace parte, se juzga más bien a partir de la cercanía con la fuente del sentido (*dianoia*), los objetos reales, y, por tanto, con la interioridad que los percibe. El sentido se ve regido por la determinación ontológica de la presencia para sí, que determina al ser con base en la autosuficiencia de la cercanía de la subjetividad pura consigo misma. Terminamos dándole la razón a Polifilo, los metafísicos de

¹⁹ DERRIDA, Jacques. De la gramatología. Traducido por Oscar del Barco y Conrado Ceretti. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2001. 22 p.

²⁰ Ibid., 121 p.

hecho hacen mitología blanca, pero en un sentido distinto. No es porque los metafísicos se separen del origen del sentido mediante la metafísica, sino porque se olvidan de su origen metafórico y construyen sus teorías sin tener conciencia de lo que se encuentra en su origen, del no origen del que provienen. Así se constituye la oposición binaria entre sentido propio y sentido metafórico, el sentido propio es un movimiento posterior y contrario que pretende limitar y controlar al sentido metafórico, sin poder abarcar todo su movimiento.

En el siguiente capítulo vamos a finalizar la investigación mediante la identificación del lugar de la metáfora en la teoría filosófica que despliega Derrida en la primera parte de *De la gramatología* y por tanto de su relación con el concepto de sentido.

3. LA SECUNDARIEDAD DE LA METÁFORA COMO EL “ORIGEN” DEL SENTIDO

En los primeros dos capítulos de la presente investigación tratamos los dos conceptos principales sobre los cuales se fundamenta nuestro trabajo. Ahora, en este tercer capítulo el objetivo es cerrar la problemática al determinar el lugar de la metáfora en la teoría del lenguaje expresada por Derrida en *De la gramatología*.

El primer paso para encontrar el lugar de la metáfora en la teoría de la archi-escritura consiste en identificar el lugar donde parece que aquella hace falta. Como ya habíamos explicado al final del segundo capítulo, en *De la gramatología* se supone una teoría sobre la metáfora, más no se expresa de manera explícita. De esto podemos deducir que hay un lugar específico en la teoría de Derrida donde la metáfora hace falta. Hagamos entonces un recuento de los principales elementos que constituyen la teoría de Derrida para poder entender en cuál de ellos se hace necesario invocar el concepto de metáfora.

Empecemos por el concepto más predominante, que engloba toda la teoría derridiana sobre el lenguaje, la archi-escritura. La archi-escritura, como ya explicamos en el primer capítulo, es la forma en que Derrida define el funcionamiento del lenguaje una vez se supera la concepción hegemónica del lenguaje que subyaga a la escritura. Si bien la metáfora y la archi-escritura se encuentran en estrecha relación, la metáfora es un fenómeno local mientras que la archi-escritura es general, lo cual quiere decir que implica la totalidad de los movimientos del lenguaje. Por tanto, la metáfora no tiene lugar en este concepto. Lo mismo sucede cuando tomamos en consideración a la diferencia, la articulación y el espaciamiento. La metáfora se encuentra tan estrechamente relacionada con cada uno de estos conceptos que sin ella no sería posible avanzar en su estudio, en especial, si se considera la complicidad de todo el esquema que describe Derrida. Pero dado que estos tres conceptos expresan fenómenos generales que evidencian el funcionamiento total del lenguaje no

podemos incluir a la metáfora como parte de estos elementos. Nos quedamos con los únicos dos elementos que se expresan de manera particular y no general, la huella instituida y el “signo” (unidad de la significación). Ambos conceptos funcionan de manera opuesta y complementaria, como los dos lados de una misma moneda. El “signo” expresa las significaciones particulares que se dan en el lenguaje y que lo componen. Por el otro lado tenemos a la huella instituida, que es la representación particular de la estructura referencial en la unidad de la significación. La huella conecta a la significación particular en el entramado de diferencias mediante la expresión disimulada de su otro. Si bien la huella instituida es de fundamental importancia para la constitución de la metáfora como un movimiento de sentido, la huella por sí misma no es un elemento positivo que exprese ninguna significación particular, por lo cual la metáfora no puede darse como parte de la huella instituida. Quedamos entonces con que la metáfora tiene que presentarse de manera directa en la unidad de la significación para que nuestra hipótesis sobre la relación entre metáfora y sentido sea correcta.

Como ya habíamos mencionado en el primer capítulo, ni signo ni símbolo corresponden a la unidad significativa sobre la que se constituye el lenguaje en la teoría de Derrida. Una vez el lenguaje sale del dominio de la presencia no puede haber ataduras en su proceder. La unidad significativa de la archi-escritura debe ser, por una parte, totalmente autosuficiente, en tanto que es la única forma en la que se produce el sentido, y, por otra parte, abierta, en tanto que debe estar siempre en el devenir de la determinación en la diferencia. No solo necesitamos un nuevo nombre para denominar la unidad significativa, sino que necesitamos una nueva estructura conceptual para poder comprender lo que implica la significación particular en el contexto de la filosofía de Derrida, específicamente en *De la gramatología*. Aquí es donde la concepción de la metáfora que estudiamos en el segundo capítulo tendrá su lugar. Antes de evidenciar la importancia de la metáfora en el contexto de la teoría de Derrida expresada en *De la gramatología* es importante delimitar el alcance de esta relación. La

metáfora, como figura retórica con un funcionamiento específico, no puede identificarse como la unidad significativa del lenguaje debido a que esta ya supone una construcción previa de sentido. Es un caso similar al de la archi-escritura. Derrida no considera que la escritura como tal pueda englobar a todas las expresiones lingüísticas, sino que las caracterizaciones que se le han otorgado a la escritura durante la historia de la filosofía y la lingüística se extienden a todo el movimiento del sentido. El rechazo a la secundariedad de la escritura solo es un síntoma del miedo a la suplementariedad necesaria de toda expresión lingüística expresada en esta forma específica de significación. La concepción de la escritura de Derrida no cambia demasiado con respecto a la visión tradicional, pues en ambos casos son representaciones secundarias de la significación constituidas por la unión de un significante gráfico con un significado (generalmente derivado históricamente de una significación fónica). El cambio que realiza Derrida consiste en que la secundariedad que se le reconoce a la escritura no es un caso particular cualquiera, el sentido nace en la lógica del suplemento y por lo cual tanto la escritura como el habla están en el mismo nivel de la significación. En el caso de la metáfora la visión derridiana tampoco supone un cambio significativo con respecto a la visión filosófica tradicional. En ambos casos la metáfora implica un movimiento de sentido que supone ya una unidad significativa preexistente. Lo que cambia en la propuesta derridiana es que la secundariedad del movimiento de la metáfora se aplica a toda significación. Cuando decimos que la metáfora corresponde a la unidad significativa propia de la archi-escritura nos referimos a una concepción ampliada de la metáfora.

Para llegar a una delimitación apropiada de esta concepción ampliada de la metáfora tenemos que retomar la oposición binaria que estudiamos en el anterior capítulo expresada en la dicotomía entre el nombre propio y la metáfora. La consideración que tiene la filosofía de la metáfora no sería tan problemática si no estuviera contrapuesta a una significación denominada propia. La metáfora funciona mediante la ocultación de la presencia del significado que, de otra

manera, se expresaría de manera clara en el nombre propio. De esta manera la metáfora representa un punto medio entre el estadio previo al lenguaje y la significación propia, donde la significación puede ser entendida pero no es controlada. Similar a la comprensión de un fenómeno sensible, puede llegarse al entendimiento de la metáfora mediante la apelación a la propiedad del nombre del que parte. Sin embargo, esta recuperación nunca se puede dar con total seguridad. La presente caracterización de la metáfora se extiende a todo el campo del sentido en tanto que la propuesta de la archi-escritura deconstruye el dominio de la presencia. La presencia del significado en la metáfora no se domina porque el significado nunca se da en presencia. Las estructuras que configuran el significado provocan que este nazca fragmentado, en constante relación con otras unidades significativas en un contexto referencial. Por tanto, la significación funciona de la misma manera que la metáfora, es decir, como una unidad cuyo significado no se retiene en la simplicidad del presente.

La usura ya no puede ser considerada como fenómeno local pues su proceder afecta a toda la estructura del lenguaje en tanto que evidencia la apertura de las unidades significativas a su afuera. La usura es la forma en la que la huella instituida se cimenta en la positividad de la significación, en tanto que expresa la articulación de la diferencia como espaciamento en un sistema lingüístico y muestra cómo la significación se constituye a través de la constante erosión de sus unidades, tanto desde un plano espacial (como valor) como desde un plano temporal (como construcción histórica).

Gracias a la concepción de la metáfora podemos entender la forma en que el sentido se constituye de forma individual en el contexto de la archi-escritura. El tropo metafórico muestra como el sentido se constituye en un movimiento espacio-temporal basado en la diferencia. La referencia al problema de la metáfora no solo nos da una oportunidad para entender el fenómeno del sentido en las significaciones individuales, sino que además nos proporciona una terminología apropiada para abordar el tema. El estudio de la metáfora se revela

como fundamental no porque sea un caso específico que requiera de consideración especial, sino porque su constitución define la construcción del sentido por fuera de la simplicidad de la presencia. La secundariedad de la metáfora nos conduce a la comprensión de la estructura de la aparición y el entendimiento del sentido y por ello la metáfora y el sentido se encuentran en una estrecha relación en tanto que ambos implican y determinan al otro. Por esta razón el estudio de estos dos conceptos siempre se encuentra entrelazado en la filosofía de Jacques Derrida, y específicamente en la teoría expresada en *de la Gramatología*.

CONCLUSIONES

La teoría que desarrolla Derrida en *De la gramatología* se encuentra en estrecha relación con la metodología filosófica que emplea a lo largo de toda su obra. Que su análisis empiece por el estudio de un autor (generalmente clásico) no es para nada fortuito. La archi-escritura implica que ninguna significación se constituye sin un doblez, sin una cara opuesta que la posibilita y determina. La metodología de Derrida se basa explícitamente en esta posición, en tanto que su indagación se dirige a los puntos ocultos que estos autores dejan en su teoría. Toda unidad positiva se constituye bajo la huella de lo que no es, de lo que niega y oculta. Esta negatividad es especialmente clara y relevante en el caso de la metafísica occidental, en tanto que, bajo su concepción de la presencia, excluye y delimita el proceder del lenguaje para poder sostener una pureza ilusoria. Por ello cuando se habla de la pureza del habla Derrida se dirige a la escritura, cuando se habla de nombre propio se dirige a la metáfora, cuando se habla de presencia él se dirige a la ausencia que la posibilita y a la vez la contradice. Su estudio se basa en encontrar la negatividad que se esconde a plena vista en la positividad y en la pureza de la significación supuestamente unívoca. La deconstrucción de las oposiciones binarias sobre las cuales se construye la tradición metafísica de occidente implica la concepción de la huella instituida. Si Derrida quiere asegurarse de que su teoría del sentido sea apropiada debe primero verificar que la negatividad de su acontecer sea evidente en las teorías que tratan de suprimirla. Su metodología no es meramente incidental, en la medida que le permite aproximarse al devenir fundamental del lenguaje.

El caso de la escritura es especialmente conocido, aunque considero que su tratamiento de la metáfora es igual sino más importante para la constitución de su visión del funcionamiento del lenguaje. El fundamento de la visión tradicional del lenguaje se basa en la significación como una nominalización de la realidad, proceso que termina en la creación del nombre propio como la unidad significativa. La teoría de Saussure se aleja de esta concepción, pero no rompe completamente

con ella en tanto que sigue haciendo referencia (así sea de manera implícita) a un sentido trascendental que se encuentra por fuera del sistema lingüístico y de su diferencia. Para hacer un corte fundamental con esta visión Derrida recurre a lo que ella oculta, esto es, al movimiento de sentido que representa la metáfora. La secundariedad de la metáfora funciona como la expresión más clara de la naturaleza referencial del sentido bajo la nueva visión del lenguaje que implica la archi-escritura.

La importancia del análisis de la metáfora (y de la visión que de ella sostiene la tradición) se hace evidente una vez que entendemos la relevancia de la metodología de Derrida en su teoría. Sobre la visión tradicional de la metáfora se condensa toda la concepción del sentido que la tradición metafísica ha tratado de ocultar desesperadamente. La relación entre la metáfora y el sentido se hace clara cuando la expresión del sentido se da bajo la forma de la secundariedad del movimiento metafórico condenado por la historia de la filosofía. Es la forma en que el sentido surge en el corazón de la archi-escritura, sin puntos fijos, sin origen absoluto, sin significado trascendente.

Bibliografía

AMALRIC, Jean-Luc. Ricœur, Derrida. El desafío de la metáfora. Traducido por Jennifer Rivera y Fabrizio Pineda. Bogotá: Universidad El Bosque., 2012. 59 p.

ARISTÓTELES. Poética de Aristóteles. Traducido por Valentín García Yebra. Madrid: Editorial Gredos, S.A., 1974. 157b25-30

_____. Tratados de lógica. Traducido por Miguel Candel Sanmartín. Madrid: Editorial Gredos, S.A., 1982. 131b30.

DERRIDA, Jacques. De la gramatología. Traducido por Oscar del Barco y Conrado Ceretti. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2001. 18 p.

_____. La différance. En: Márgenes de la filosofía. Traducido por Carmen González Marín. 4 ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 2003. 47 p.

_____. La mitología blanca. En: Márgenes de la filosofía. Traducido por Carmen González Marín. 4 ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 2003. 281 p.

MUÑOZ, Diana. Deconstrucción y teología negativa. El juego entre différance y diferencia ontológica. En: Estudios de filosofía. Diciembre 2014, no. 50. 84 p.

NOUVELIERE, Juan. La metaforicidad y sus (im)posibilidades. En: Horizontes Filosóficos: Revista de Filosofía, Humanidades y Ciencias Sociales. Junio, 2011. vol. I, núm. 1,. 179 p.

POTESTÁ, Andrea. El origen del sentido: Husserl, Heidegger y Derrida. Santiago de Chile: ediciones / metales pesados, 2013. 216 p.

REYNOLDS, Anthony. The afterlife of dead metaphors: on Derrida's pragmatism. En: Revista De Letras. Julio, 2009. vol. 49, no. 2, 2009, 190 p.

SAUSSURE, Ferdinand. Curso de lingüística general. Traducido por Mauro Armiño. Barcelona: Editorial Planeta De Agostini, S.A., 1984. 87 p.

SHUTTERA, Alejandro. Derrida: la estructura desplazada y el problema de la *différance*. En: Revista LiminaR. Estudios sociales y humanísticos. Diciembre, 2006. vol. IV, núm. 2,. 100 p.